

ocupé de la mejor colocación de las fuerzas, y de un parapeto que hiciera ventajosa la posición del cañón y lo cubriera. Mi posición era ésta: tres compañías de preferencia guardaban el bosque de la derecha, el batallón permanente de Matamoros formaba en batalla en el centro, y á la izquierda el cañón, protegido por la caballería y una columna de compañías de preferencia á las órdenes del Teniente Coronel graduado D. Santiago Luelmo, que hacía de reserva.

A las nueve de la mañana del 21, á la vista del enemigo llegó el General Cos, con cuatrocientos hombres de los batallones Aldama, Guerrero, Toluca y Guadalajara, habiendo dejado los 100 restantes á las órdenes del Coronel graduado D. Mariano García, con las cargas en un mal paso demoradas cerca de Harrisburg, cuya incorporación no llegó á efectuarse. A primera vista noté contravenida mi orden respecto de los 500 infantes escogidos que ella expresaba terminantemente, pues la mayor parte del refuerzo se componía de reclutas que en San Luis Potosí y el Saltillo se repartieron á los cuerpos. Tan grave falta me causó en aquel momento el mayor disgusto, considerando insignificante un auxilio que esperaba impaciente, y con que me prometía dar un golpe decisivo, atendidas las circunstancias que me hacían superior al enemigo.

Sin embargo de todo, intenté aprovechar la sensación favorable que advertí en los semblantes á la llegada del General Cos; pero éste me expuso "que por forzar su marcha para llegar prontamente, la tropa que traía no había comido ni dormido en veinticuatro horas, y que mientras llegaban las cargas, que sería dentro de dos ó tres horas, podía repararse y estar en buena disposición para batirse." Cedió á esta insinuación, consintiendo en que descansara y comiera.

Para observar al enemigo y proteger las cargas citadas, situé mi escolta en buen lugar, reforzándola con 32 infantes montados en caballos de oficiales. No hacía una hora de esta operación, cuando el General Cos se me presentó pidiéndome á nombre del Capitán D. Miguel Aguirre, que mandaba la escolta, "que se le permitiera comer á su tropa y dar agua y un pienso á los caballos, por no haberlo hecho desde el día anterior." El tono compasivo con que se me hacían estas peticiones me hizo acceder, advirtiéndome que satisfecha prontamente la necesidad, volviera al instante el Capitán Aguirre á ocupar la posición que tenía, lo que no habiendo verificado contribuyó á proporcionar al enemigo la sorpresa que logró.

Fatigado de haber pasado la mañana á caballo, y desvelado de la noche anterior, me recosté á la sombra de unos árboles mientras la tropa alistaba sus ranchos. Hice llamar al General D. Mannel Fernández Castrillón, que funcionaba de mayor general, y le previne: que vigilara el campo y me diese parte del menor movimiento del enemigo; le encargué asimismo me recordara tan luego como la tropa hubiese comido, porque era preciso obrar cuanto antes decisivamente.

Como el cansancio y las vigias producen sueño, yo dormía profundamente, cuando me despertó el fuego y el alboroto. Advertí luego que éramos atacados y un inexplicable desorden. El enemigo había sorprendido nuestros puestos avanzados; una partida arrollando á las tres compañías de preferencia que guardaban el bosque de nuestra derecha, se había apoderado de él, aumentando la confusión con sus certeros tiros; la demás infantería enemiga atacaba por el frente con sus dos piezas y la caballería por la izquierda.

Aunque el mal estaba hecho creí al pronto repararlo. Hice reforzar con el batallón permanente de Aldama, la línea de batalla que formaba el batallón permanente de Matamoros, y organicé en instantes una columna de ataque á las órdenes del Coronel D. Manuel Céspedes, compuesta del batallón permanente de Guerrero y piquetes de Toluca y Guadalajara, la que á la vez que la del Teniente Coronel Luelmo, marchó de frente á contener el principal movimiento del enemigo; más en vano mis esfuerzos: la línea se abandonó por los dos batallones que la cubrían, no obstante el sostenido fuego de nuestra pieza que mandaba el valiente Teniente D. Ignacio Arenal y las dos columnas se disolvieron, herido el Coronel Céspedes, y muerto el Capitán Luelmo. El General Castrillón, que corría de uno á otro lado para restablecer el orden en nuestras filas, cayó mortalmente herido. Los reclutas formaban pelotones y envolvían á los antiguos soldados, y ni unos ni otros hacían uso de sus armas; mientras el enemigo aprovechando la oportunidad, continuó su carga rápidamente con descompasados gritos, y logró en pocos minutos la victoria que ni imaginar podía.

Perdida toda esperanza, escapándose cada uno según podía, mi desesperación era tan grande como mi peligro, cuando un criado de mi ayudante de campo, Coronel D. Juan Bringas, con noble franque-

za me presentó el caballo de su amo, y con encarecidas expresiones me instaba á que me salvara. Busqué mi escolta, y dos dragones de ella que ensillaban con precipitación, me dijeron: "que sus oficiales y compañeros iban á escape." Recordé que el General Filisola, se encontraba á diez y seis leguas en el paso de Thompson, y sin vacilar procuré aquel camino por entre los enemigos; siguiéronme estos, y á legua y media en un grande arroyo, cuyo puente encontré quemado, me alcanzaron. Perdí el caballo y con trabajo me oculté entre unos pequeños pinos. La proximidad de la noche me proporcionó burlar su vigilancia, y la esperanza de incorporarme al ejército, y vindicar el honor de las armas, me dió aliento para atravesar el arroyo con el agua al pecho y continuar á pie. En una casa abandonada encontré ropa y relevé la mía húmeda. A las once de la mañana del 22, al atravesar una llanura me volvieron á alcanzar mis perseguidores, y he aquí la manera misma de haber caído en sus manos. Por el traje cambiado me desconocieron, y preguntaron: ¿Si había visto al General Santa-Anna? Yo les respondí "que iba adelante." Esta oportuna ocurrencia me salvó de ser asesinado, según después llegué á saber.

Por lo expuesto distinguiré V. E. á primera vista, las causas principales de un suceso que con razón ha sorprendido, y cuyo éxito se ha pretendido hacer recaer sobre mí solamente, creyéndose en la mansión de los muertos é imposibilitado de presentar los hechos como han sido; pero ya que oportunamente conservo la vida y disfruto de libertad, estoy en el caso de depurarlos hasta ponerlos tan claros como la luz del día, para que se pueda fallar en justicia, porque estimo demasiado mi reputación adquirida con dilatados y costosos sacrificios, y no consentiré que con impunidad se deturpe, mucho más por quien menos debiera hacerlo. Contrayéndome, pues, á las faltas con que algunos de mis subordinados causaron directa ó indirectamente la lamentable catástrofe de que me ocupó, observaré á V. E. que el General Filisola me mandó reclutas en refuerzo, cuando pudo enviarme antiguos soldados; á su lado se hallaba el batallón de zapadores, compuesto de buena tropa, y no mandó un individuo de éstos; en lugar de las compañías de preferencia del activo de Guadalupe, envió dos de fusileros; y pudiendo entresacar de los batallones permanentes de Guerrero y Aldama, y de los activos primeros de

México, Toluca y Guadalupe, los más expertos, no lo hizo. Eludió así los efectos de mi previsión, pues al expresarle que me mandase quinientos infantes escogidos, fué porque no quería me enviase ninguno de los reclutas que me constaba tenían los cuerpos; á no ser así habría usado otra frase.

No ha influido menos en este suceso el haberme mandado dicho general al Capitán D. Miguel Bachiller, con un correo extraordinario procedente de esa capital, que el supremo gobierno me mandó, y el que fué interceptado, pues con esto proporcionó positivas noticias al enemigo, que marchaba en retirada, sin saber lo que haría, atónito con nuestros movimientos y triunfos; así supo que ya me hallaba en New Washington, el número de que se componía la sección que expedicionaba por aquel rumbo, y la situación de nuestras otras fuerzas, saliendo con esto del estado confuso en que se veía, teniendo siempre encima y por donde menos lo pensaba nuestras falanges victoriosas. Con este acontecimiento se puso al cabo de cuanto podía convenirle, y saliendo repentinamente de la situación dudosa que lo hacía caminar al Trinidad, cobró aliento como no habría sucedido sin saber que mi fuerza era menor que la suya; pues aunque vió llegar el refuerzo del General Cos, supuso que era alguna partida que había yo mandado salir en la noche para hacerla regresar á su vista y engañarlo, como posteriormente lo supe por boca del mismo enemigo. Tal era el espanto que reinaba en todo Texas, á consecuencia de las operaciones del ejército de mi mando, que para disminuirlo, me dijo el titulado General Thomas J. Rusk: "que funcionando de secretario de la guerra del presidente de Texas, tuvo que marchar á donde se hallaban sus fuerzas y predicar á todos que el General Santa-Anna había regresado á México á consecuencia de una revolución en el interior de la república, en razón á que los colonos y muchos voluntarios venidos de los Estados Unidos se fugaban sin poderlos contener." Es de advertir, que el General Filisola no tenía prevención para mandarme la correspondencia, y que para hacerlo con seguridad, bien pudo remitírmela después con el General Cos; no sé cómo pudo ocultársele la fatal trascendencia que traería la caída en manos del enemigo de una correspondencia tan interesante.

El General Gaona, que no se incorporó con oportunidad, y cuyo motivo de dilación ignoro hasta ahora, me impidió que sacara doble

fuerza cuando salí del paso de Thompson, pues sólo llevé 700 infantes para dejar al General Ramírez y Sesma la precisa en aquel punto. Así es que para ponerme superior al enemigo pedí el refuerzo indicado.

El General Cos, desmembró los 500 hombres, dejando 100 cerca de Harrisburg, en escolta de cargas que no sé por qué conducía, pues sólo previne al General Filisola, mandase cincuenta cajones de cartuchos, de cuyas municiones trajo parte el General Cos, así como las cajas de los cuerpos que debieron quedarse en Thompson, pues á una tropa que marchaba á la ligera de refuerzo pedido, no se le acumulan estorbos, cuando se sabe que los muchos bagajes entorpecen los movimientos; el refuerzo quedó desmembrado en la quinta parte, y estos 100 hombres corrieron un riesgo inminente, salvándose por casualidad.

Por último, contribuyó considerablemente á la mencionada desgracia la conducta del General Castrillón y de los jefes y oficiales á quienes estaba encomendada la vigilancia del campo al frente del enemigo. Siento tener que ocuparme de un individuo que no existe y á quien siempre ví con aprecio, y de otros que aún viven; pero el deber me obliga á relatar los hechos como han sido. Estoy bien informado, de que en el tiempo que yo dormía se ocupó dicho general de afeitarse, lavarse y mudarse ropa, y que se hallaba divertido en tertulia con los demás individuos de mi estado mayor, cuando el enemigo acechaba y sorprendía nuestras avanzadas, sin haber visitado antes ni una sola vez nuestra línea; esto mismo hicieron á su ejemplo los demás jefes y oficiales; y así parte de la tropa dormía, y los despiertos entregados al abandono, proporcionaron al enemigo la sorpresa más completa que á la media noche no habría logrado; siéndole fácil posesionarse del bosque citado de nuestra derecha con 160 hombres, cuando estaba cubierta su entrada con tres compañías de preferencia en mayor número, que no hicieron resistencia; de aquí el aliento del enemigo para continuar el ataque, y la confusión de nuestro campo, aumentado con el espanto de que estaban poseídos los reclutas, hasta el extremo de no hacer uso de sus armas los soldados viejos, que se dejaban asesinar fríamente. Es verdad que el General Castrillón se condujo con extraordinario valor en los últimos momentos, según he relacionado; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y sus re-

mordimientos no serían pocos antes de expirar, si recordó el abandono de su deber cuando mejor debía haber cumplido.

Mi carácter de general en jefe, no me prohibía que descansase, porque á ningún general le es prohibido, ni puede prohibírsele que sucumba á las necesidades naturales, particularmente en la hora y caso en que yo lo hice, confiado, como debía estarlo, de que se cumplirían mis prevenciones; el general en jefe no puede ejercer las funciones del jefe subalterno, del oficial, del soldado; á todas las clases les están consignados sus respectivos deberes y atribuciones; y si al superior no deben servirle de disculpa las faltas del inferior, esto tiene sus excepciones, siendo ciertamente una de ellas el caso de que me ocupo, por las razones referidas.

Acaso se ha intentado culparme de imprudencia por no haber marchado con todas mis fuerzas reunidas, haciéndolo solamente con la corta sección que lo verifiqué. En primer lugar es menester advertir, para deshacer esa objeción, que yo salí de Thompson á ejecutar la operación interesante de sorprender y asegurar á los directores de la revolución por un golpe de mano á corta distancia; que tan luego como descubrí la retirada del enemigo por Linchburg, pedí refuerzo para quedar superior á él; y por último, que no traía ventaja verificase el ejército su marcha por un solo punto, ni reunido, porque el único enemigo que había que combatir después de haber sido arrollado en todas partes, se hallaba en el punto y situación indicada; y como la dirección que había traído y llevaba, mostraba que se retiraba pasando el Trinidad, y era necesario para que no quedase quien pudiese tirar un tiro desde el río Bravo hasta el Sabina, no picarle la retaguardia, sino cortarle la retirada y batirlo, un movimiento de todo el ejército habría sido contrario á ese plan importante que decidía la cuestión de un solo golpe; porque la lentitud con que precisamente debía hacerlo en razón á su tren, bagaje etc., daba lugar á que el enemigo se nos adelantase sin que lo pudiéramos alcanzar, por los obstáculos que ya se ha dicho opone el terreno de Texas, y los ríos caudalosos que lo riegan.

La fuerza que operaba á mis órdenes era superior en calidad á la enemiga; estaba provista de víveres y municiones, y en posición ventajosa; aquella, menor en número, cortada por el bayuco de Buffalo y río San Jacinto, ocupaba inferior posición, estaba sin víveres,

había sido provocada á batalla el día anterior antes de recibirse el refuerzo, y no había aceptado. ¿Quién con estos antecedentes habría hecho mover el ejército, perdiendo para ello momentos preciosísimos? ¿Quién dudado de la victoria? Apelo al juicio imparcial de los inteligentes, y estoy cierto de que lejos de fallar, como lo ha hecho la maledicencia y la envidia, que hubo por mi parte imprevisión y precipitación, dirá que se hicieron cálculos muy exactos; con previsión, actividad y tino, y que si no produjeron la victoria que era de esperarse, no dependió esto ni del plan ni de los movimientos de las acciones del general en jefe.

Demostrado como está, que puramente faltas é imprevisiones de algunos de mis subordinados, y descuido de otros, causaron la catástrofe de San Jacinto, no me queda otra cosa que deplorar el haber participado de ella, aunque este sentimiento se mitiga cuando contemplo que hice los esfuerzos que estuvieron en mi poder, excediendo mis deberes como general en jefe para servir bien, no encontrando en mi conducta otro exceso que el de mi celo por los intereses de la patria, que me hizo olvidar los míos propios, y posponerlo todo para asegurar aquellos y dar gloria á las armas que se me confiaron.

La fortuna me volvió la espalda en la ocasión en que iban á coronarse mis esfuerzos, y con esto no se ha llegado á conocer y me he visto privado de la satisfacción de presentarle á mi nación un nuevo laurel.

Esto asentado, continuará la relación de los sucesos ocurridos durante mi cautiverio, que tampoco se han exceptuado de la interpretación maligna, ni de la más amarga acrimonia, sin oírseme y sin consideración á la triste situación de la patria.

Conducido á presencia de Houston el día 22 de abril que se me aprehendió, y descubierto quién era, fuí recibido con señales de consideración; para celebrar mi prisión, uno propuso que se hiciera una salva, y aquel repelió la idea manifestando desagrado. Principió en seguida una conversación á la que sirvió de intérprete un hijo de D. Lorenzo Zavala que funcionaba de ayudante de aquel jefe, y me propuso *que librara orden para que rindieran las armas las tropas más inmediatas, á que me negué resueltamente; después de hablarme de sus recursos para independer á Texas, y de las dificultades de los mexicanos para conservar tan vasta extensión de terreno, me manifestó su disposición*

*á un avenimiento prudente, y que para poder conservar mi existencia y la de los demás prisioneros, según su intención, se hacía indispensable evitar un choque entre mi tropa y la suya.* Esta conferencia fué en la dificultosa situación en que me encontraba, lo que es á un caminante extraviado en una noche tempestuosa, la luz del rayo, á cuyo favor descubre la vía. Temía que mi desgracia hubiese producido desaliento en el ejército, y me aproveché del que me daba el razonamiento de Houston, para ver si impedía sus malos efectos: anunciando mi existencia, y reanimando los ánimos haría un esfuerzo y se conseguiría, como habría sido fácil, la vindicación del honor de las armas. Tal fué la causa de mis primeras órdenes al General Filisola (números 7, 8 y 9), quien me contestó con el oficio número 10, conducido por el General Woll, que fué admitido como parlamentario el día 30, de biendo haberse dirigido á Houston, para obtener de él una formal garantía, que no proporcionaba el acceder de plano á mis órdenes, como lo hizo sin intentar antes reclamarnos, ó dar algún paso en nuestro favor, que quizá hubiera sido coronado por un buen suceso, si se atiende á las críticas circunstancias en que se hallaba el enemigo, á lo inmediato que lo tenía y á la superioridad de fuerzas con que contaba. Entonces por lo menos nuestras vidas hubieran sido garantizadas y menores nuestros padecimientos, lo mismo que de los demás prisioneros que no estarían como están abandonados á su propia suerte. Todo esto era tan fácil conseguir, cuanto que el mayor general Wharton el día 23 propuso á Houston que lo comisionara para pasar al campo del General Filisola, á fin de convenir con él en los artículos de armisticio, lo que no tuvo efecto sin embargo de la aquiescencia de Houston, y otros jefes de los encarnizados se opusieron á esta medida; pero ello prueba la disposición en que estaban de asegurarse, nacida del sentimiento de su debilidad, de que no pudo sacarse mucha ventaja. Grande fué mi sentimiento cuando á la llegada del General Woll, supe que á la primera noticia de mi desgracia, bien común en la guerra, todo había sido confusión, y que en lugar de atacar al enemigo, se emprendía *marcha retrógrada*, siendo la idea continuar hasta Matamoros.

Sin embargo, como la citada contestación del General Filisola aparentaba dignidad, á la vez que el General Urrea anunciaba el buen espíritu del ejército en una carta que me dirigió (núm. 17), no pudo

Houston penetrar la verdadera intención del General Filisola; temió á las respetables fuerzas que podían fácilmente pulverizarlo, y redobló sus lisonjeras protestas; me mostré satisfecho y firmé la orden que sigue (núm. 12); cubría con ella principalmente el honor del ejército, y complacía á los árbitros de la existencia de más de quinientos mexicanos, y yo entre ellos, abandonados á la suerte, y que iba á comprometerse, pues no me era ya dudosa la conducta que se seguiría.

El General Woll, que se portó con la mayor dignidad, y que por lo mismo es acreedor á todo elogio, solicitó regresar á su campo, instruido por mí de lo que debía exponerle al General Filisola, para que sin embarazarse por mis anteriores comunicaciones, obrase conforme á sus deberes, conduciendo un pedazo de papel firmado por mí, en que decía *se le diera crédito á cuanto dijera*; pero se le detuvo con el pretexto de que llevara el convenio de que se trataba para la cesación de la guerra y consecución de mi libertad, porque temieron que manifestara lo que eran los vencedores.

Las atenciones que usaba conmigo el General Houston en esos momentos, sus discursos y la sinceridad de que lo creí animado, pudieron tanto en mi ánimo, que llegué á dar ascenso á sus promesas. A esta sazón se presentaron el nombrado presidente de Texas, sus ministros y D. Lorenzo Zavala, titulado vicepresidente, y en varias conferencias se expresaron en igual sentido. Trasladáronme en su stímbot al puerto de Velasco, y me llevaron consigo para arreglar, según decían, el armisticio ó convenio indicado por Houston, permitiendo me acompañasen los Coroneles D. Juan N. Almonte, D. Gabriel Núñez y D. Ramón Caro, amanuense.

El General Houston se preparaba á marchar á New Orleans á curarse de la herida recibida en la acción, y por despedida me había dicho: "que el gabinete de Texas arreglaría todo según sus deseos," y el mencionado ministro de la guerra Thomas J. Rusk, tomó el mando del ejército. Empezó su marcha con cerca de 800 hombres y tres piezas de artillería, que era la fuerza disponible que había entonces en todo Texas, habiéndome visitado antes, y en cuyo acto ratificó los ofrecimientos de su antecesor, dejándome en comprobante varios artículos escritos de su puño, que dijo le ocurrían para el convenio. *Todo esto pasó antes de embarcarme en el stímbot.*

En Velasco hubo conferencias serias con presencia de los artículos del citado Rusk, hasta que en 14 de mayo pude reducir las avanzadas pretensiones que se me hicieron (número 13), á lo que manifiesta el convenio que firmé en esa fecha, el cual por razones de política, ó mejor dicho, por ocultarse del conocimiento del populacho y soldadesca, que se había convenido mi libertad *sin pérdida de más tiempo*, se dividió en público y en secreto, remitiendo el primero mi insinuada libertad á cuanto se tuviere por conveniente; y como se ve, esos convenios analizados exactamente sólo están reducidos á una suspensión de hostilidades en favor del ejército; á la libertad de los prisioneros y mía, que creía quizá equivocadamente favorable al mismo ejército y á la nación y su causa, y á halagar por último al enemigo para conseguir estos objetos, con la esperanza de que influiría para que sus comisionados fuesen oídos en las pretensiones que traían, y á cuyo éxito, bueno ó malo para ellos, en nada contribuía mi ofrecido empeño de que se les oyese (números 14 y 15). Al admitirlos llevé además la mira de que si, como temía, no se restablecía el buen espíritu en el ejército, y se retiraba en no muy buen orden como ya tenía noticias, porque se dejaron hasta los enfermos abandonados (número 16), el enemigo, ligado por el armisticio, no lo persiguiera como lo quería hacer, y la catástrofe fuera mayor. El General Woll, que había perdido la esperanza de conducir el mencionado convenio, se había marchado desde San Jacinto con el nuevo General Rusk para dirigirse á su campo; pero á pocos días se apareció en Velasco conducido por una escolta de Rusk. Me sorprendió el verlo; y habiéndome impuesto de las tropelías que se habían hecho con su persona y la de un oficial que lo acompañaba, hasta ponerlos presos como prisioneros de guerra, reclamé oficialmente, como acredita la copia número 17, al presidente de Texas, y conforme á la nota número 18, se libró pasaporte al General Woll para marcharse. Su extraordinaria demora, que daba justas sospechas, no movió al general en jefe á indagar su motivo ni á reclamar su persona.

En consecuencia, el día primero de junio verifiqué mi embarque en la goleta "Invencible" que debía conducirme á Veracruz tranquilamente, á la vista del pueblo de Velasco, á quien cuidé de halagar, dirigiéndole la despedida (número 19) y cuya producción hizo el efecto que deseaba.